



Palabrotas

Después de las suelas de los zapatos y de los codos de las ropas, una de las cosas que antes se desgasta son las palabras. Uno las usa y las usa como si fueran eternas, pero no lo son. Se ponen viejas en seguida. Pasa incluso con la literatura, que cada poco tiempo tiene que renovar las formas de las palabras para poder seguir diciendo lo mismo con la suficiente elocuencia.

En realidad, los escritores de hoy seguimos contando las mismas cosas que Virgilio y que Berceo, pero de una manera tan diferente que parece a veces que inventamos verdades nuevas.

Algunas personas, sin embargo, parecen no darse cuenta de esta fugacidad de sentido que tienen las palabras. Los políticos y quienes les escriben los discursos, por ejemplo, siguen hablando como Berceo.

El Rey Juan Carlos dijo en el discurso de conmemoración de su llegada al trono, a propósito del asesinato de Ernest Lluch, que el dolor le embargaba. Todos los grupos parlamentarios expresaron su más firme condena al atentado y aseguraron que esta batalla contra la banda criminal la va a ganar el Estado de Derecho.

Yo, sinceramente, creo que hoy en día no puede tomarse muy en serio a alguien a quien el dolor le embarga.

A don Juan Carlos el dolor debería abrumarle, por ejemplo. O conmoverle, si queremos seguir siendo conservadores lingüísticamente. Pero no embargarle, porque eso ya suena a diálogo de telenovela y dejamos inmediatamente de creerlo.

Las condenas de los políticos, por su parte, llevan tanto tiempo siendo firmes y enérgicas que ya no son ni una cosa ni otra. Se han convertido en soniquetes que oímos con la misma desatención que ronquidos. Y no creo que sea tan difícil inventar condenas nuevas e insultos más expresivos.

El mundo del fútbol es el otro gran nido de palabreros o palabristas, aunque en verdad hay que reconocer que a esos no se les paga por declarar lindzas sino por meter goles.

Pero cuando al responder a entrevistadores que les preguntan por su actuación en un partido, los jugadores responden sin excepción que en realidad lo importante es el equipo, y no ellos, siempre me pregunto si llevando esos zapatos impecables que llevan y esos trajes de confección perfecta, sin una sola rozadura en los codos, no se podían gastar algo más en palabras nuevas. O ser sinceros, que al parecer a la larga trae beneficios.